

WALDEMAR VERDUGO FUENTES

María Luisa
BOMBAL:
una huella

Premio Escrituras de la Memoria
Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile



EDITORIAL CUARTO PROPIO

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
UNA HUELLA	11
HEMEROGRAFÍA	148

Prólogo

Este es un trazo del camino que abrió la escritora chilena María Luisa Bombal en las letras a partir de la aparición de “La última niebla”, su primera obra visionariamente elogiada por el crítico español Amado Alonso. Aspiro que sirva este escrito de testimonio para una posible memoria de los pioneros del Realismo Mágico, quienes, según creo, desde su aparición no han sido igualados en su perfección para manejar la lengua castellana. El valor de toda escritura de la memoria depende de su verdad. Una memoria es la pintura de un individuo o de la naturaleza humana, y si ella pretende rescatar un paisaje falso, no es la pintura de nada. Es decir, si se escribe un estudio de autores, hay que escribirlo verdadero, del que se ha expelido todo vapor de falsedad por la presión de la investigación, que enseña que la vida de las personas tiene muchos paisajes posibles de retratar. En este caso, escritura de María Luisa Bombal cierta huella de su trabajo fuera de Chile con impresión que despertó en escritores de quienes oí hablar de ella: el colombiano Gabriel García Márquez, el argentino Jorge Luis Borges y el mexicano Juan Rulfo. Así también de su labor como guionista en Hollywood, según nos narró el cineasta John Huston... como escuché decir de labios de la maestra María Luisa Bombal, aquí conjurada sin otra intención más que convocar unas líneas de su delicada huella.

El autor

Una huella

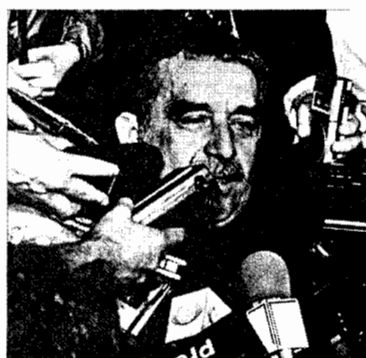
He conocido a la escritora María Luisa Bombal, por eso me atrevo a proyectar este escrito de mi memoria, a partir de una experiencia personal, sin mayor pretensión que rescatar una pincelada amistosa de mi propia vida, refiriéndome al paso delicado de una mujer trazando decidida con su huella el sendero del Realismo Mágico, que es el camino emprendido por escritores latinoamericanos marcando una ruta literaria inédita que brotó en el siglo XX. No nació una corriente más original. Surge como válvula de escape de la imaginación latinoamericana inspirada en nuestros áridos desiertos del norte y las ocultas selvas más profundas del sur. Extremadamente rigurosa en el uso de nuestra lengua, su sabiduría formal arranca de los tiempos cuando los escritores narraban con números. El personaje es esa voz real que habla dentro de nosotros, de la que nos insinúa una posible forma en todas las cosas que sabemos, envuelta, sin embargo, en una atmósfera fantástica de pura soledad en ciudades fantasmas y de hombres aparecidos, de puro calor o niebla, islas nuevas y mujeres aladas.

En cierta conversación que tuve con Gabriel García Márquez en México, para una entrevista publicada en revista *Vogue* en 1981, el más popular escritor enmarcado en el Realismo Mágico cita las lecturas que le inspiraron y se refiere a María Luisa Bombal rememorándola como “la abeja de fuego”. Anoté que el autor de *Cien años de Soledad* es un hombre absolutamente cordial: su modestia natural es lo primero que delata en García Márquez a un genio. Acercarse a él es de lo más sencillo. Vive desde hace décadas en Ciudad

de México y, que se sepa, jamás se ha negado a conversar con nadie. En lo personal, y sin premeditación alguna, he intercambiado con él diálogos fugaces en diversas oportunidades, en el Museo Carrillo Gil donde nos presentó Octavio Paz, en el Palacio de Bellas Artes, en la Sala Nezahualcóyotl... siempre se le ve igual, dispuesto al semejante, modestamente vestido, generalmente de blanco o con saco oscuro y camisa y pantalón blanco de textura indígena: es posible que nunca se haya puesto una corbata con agrado. Es muy sencillo. Cuando me pidieron de Vogue una nota acerca de García Márquez porque estaba de candidato al Premio Nobel, osé llamarlo por teléfono y preguntarle sobre su postulación; gentilmente, dijo: "No soy dado a las abstracciones. Mejor ven a casa y hablemos de otra cosa". Le he preguntado, en su caso, ¿qué es ser un escritor? Y dice: -Es un mérito descomunal, porque yo soy muy bruto para escribir. He tenido que someterme a una disciplina atroz para terminar media página en ocho horas; peleo a trompadas con cada palabra y casi siempre es ella quien sale ganando. Cuando me hice escritor profesional el más grave problema que debí enfrentar fue el de imponerme un horario. Estaba habituado al trabajo de periodista que me ocupaba sobre todo las noches. Me vi obligado a establecer una pauta de trabajo que iba de las nueve de la mañana a las dos de la tarde, cuando mis hijos volvían de la escuela. En ese tiempo tenía cuarenta años... Después me sentí culpable de escribir sólo por la mañana, intenté continuar por la tarde, pero caí en cuenta que en la segunda parte del día nada me resultaba bien y debía rehacer todo a la mañana siguiente.

—¿A qué otras dificultades debe enfrentarse para salir adelante en su trabajo literario?

-Tengo otro problema: logro escribir sólo en un ambiente familiar que ya esté identificado con mi trabajo. Una pieza de hotel, una habitación puesta a mi disposición por otra persona, una máquina de escribir prestada, me bloquean, y esto es una lástima porque cuando viajo no puedo trabajar... Debo estar también en un estado de gracia, con el tema preciso y el tono exacto para desarrollarlo. Una de mis primeras dificultades es la de escribir el primer párrafo. He llegado a pasar meses para tomar la onda: apenas superado este escollo, el resto ha salido facilísimo. Creo que con el primer párrafo logrado se supera la mayor parte de los problemas que plantea escribir un libro; allí queda definido todo: el tema, el tono, el estilo... Por esto pienso que es más difícil escribir un libro de cuentos que una novela; en cada relato es necesario comenzar de nuevo, partir de nuevo, mientras que en la novela se parte una sola vez, hay un solo inmenso esfuerzo.



Acertando a
tras frase,
mezclando g
rio narrativo
natural y la
sobrenatural
deleitandose
con olas de
aventuras que
emergen una
otra. García
Márquez ha
logrado canal
su imaginación
comunicarse
acertadamen
con el lector,
la lengua cast
tieste en el a
maestro.

por Waldemar Verdugo Fuentes

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Entrevista a Gabriel García Márquez por Waldemar Verdugo Fuentes en revista Vogue.

¿Cómo entiende su “don” García Márquez? De hecho, no lo ve diferente a la bendición que recibió el carpintero con su oficio: “Escribir algo requiere tanto empeño como fabricar una mesa. El escritor trabaja sobre una realidad que es un material duro como la leña. Literatura y carpintería requieren una notable habilidad técnica y una buena dosis de secretos del oficio. Pero, sobre todo, en la base de ambas hay un trabajo esforzado”. ¿A qué secretos del oficio se refiere García Márquez? Revela que “si tú escribes que has visto volar un elefante, nadie lo creerá; pero si afirmas haber visto volar cuatrocientos veinticinco, es probable que el lector lo crea”. Su obra tiene varios de estos trucos... ¿en qué consiste la inspiración para él? Nos dice: –Consiste en encontrar el tema preciso, un tema que agrade y que haga más llevadero el trabajo. También es fundamental en el escritor la intuición, un don especial que ayuda a descifrar la realidad sin que sea necesario tener una cultura científica o de otro orden. Es una especie de experiencia inventada, un modo de hacer experiencia sin afanarse a vivirla. Sustancialmente, es lo opuesto al intelectualismo, la cosa que más detesto porque reduce la realidad a una teoría inmutable. La intuición se tiene o no se tiene, y por más esfuerzo que uno haga no puede cuadrar el círculo.

–¿Cómo se inició en la literatura?

–Una noche, a finales de los años cuarenta, un amigo me prestó *La metamorfosis* de Franz Kafka. Llegué a mi pensión y comencé a leer. Por poco el primer renglón no me hizo caer cama abajo: “*Al despertar Gregorio Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo encontróse en su cama convertido en un monstruoso insecto*”. No imaginaba que fuera lícito escribir así. Si lo hubiese sabido antes, me habría puesto

antes a escribir también yo. Así, pues, comencé entonces a escribir, en 1947.

Dijo García Márquez que otra impresión igual, decisiva en su trabajo, le ocurrió aquí en México. Narra que alguien, un día, le indicó: “¡Lea esta vaina, carajo, para que aprenda!”. Esa “vaina” era un libro de Juan Rulfo, *Pedro Páramo*. Nos dice: –Aquella noche no pude dormir mientras no terminé la segunda lectura. Desde la noche tremenda en que leí *La metamorfosis* en esa lúgubre pensión de Bogotá, casi diez años antes, nunca había sufrido una conmoción semejante. Al día siguiente leí *El llano en llamas*, y el asombro permaneció intacto. Mucho después, en la antesala de un consultorio, encontré una revista médica con otra obra maestra: *La herencia de Matilde Arcángel*. El resto de aquel año no pude leer a ningún autor fuera de Rulfo, porque todos me parecían menores... En ese tiempo no sólo podía recitar párrafos completos del *Pedro Páramo*, podía recitar el libro completo, al derecho y al revés, sin una falla apreciable, y podía decir en qué página de mi edición se encontraba cada episodio, y no había un sólo rasgo del carácter de un personaje que no conociera a fondo. La obra, sin duda, yo la conocía mejor que el propio autor. A Juan Rulfo, por cierto, yo no lo conocía; lo vi en persona sólo varios años después. Ahora somos amigos.

Recuerda cómo fue que, con el tiempo, y ya instalado en Ciudad de México, sería guionista de varias de las películas que se han filmado inspiradas en la obra de Juan Rulfo. De la última, dice García Márquez: –Carlos Velo me encomendó la adaptación para el cine de otro relato de Juan Rulfo que era el único que yo no conocía en aquel momento: *El gallo de oro*. Eran 16 páginas muy apretadas en un papel de seda